



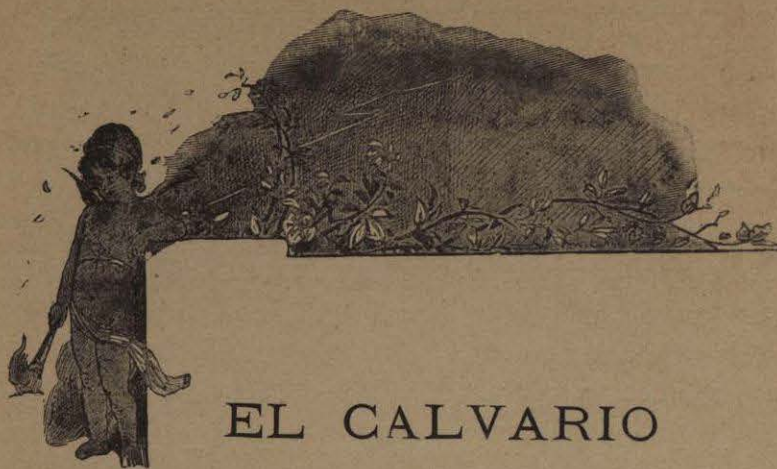
BIBLIOTECA

PQ 6601

C3

C3

ES PROPIEDAD



EL CALVARIO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

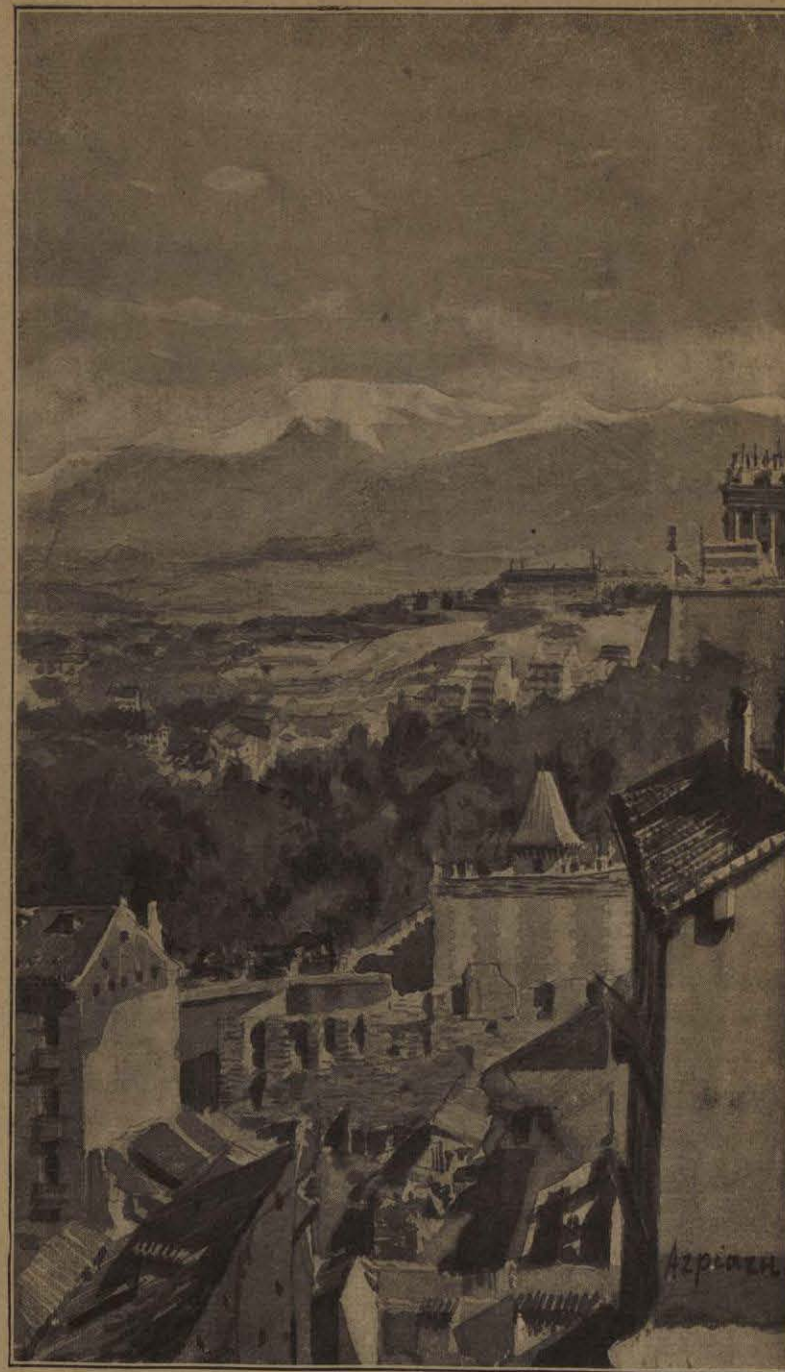
La casa habitada por don Trifilo de la Torrecilla tiene fronteras los montes del Guadarrama. Digámoslo pronto: la casa de don Trifilo está en las *Vistillas*; su trasera se adhiere al apelmazado caserío de la corte, en tanto que su fachada mira arrogante el paisaje serrano y las arboledas ribereñas del Manzanares. Parece que está vuelta de espaldas á la corte de España; parece que se desdén de formar parte de ella; no hay en Madrid casa más altiva; no la hay tampoco más ventolera. Son las *Vistillas* el paraje más ventorrero de la corte y uno de los más ventorreros de este mundo: la serranía que tiene frente á frente le orea, ya con los duros cierzos, ya con las blandas auras; allí la ventilación recorre toda la escala: desde el huracán violento que amenaza descuajar los cimientos de aquella meseta hasta la plácida brisa que acaricia amorosa la explanada blanquecina.

En lo del viento, como en otras muchas cosas, las *Vistillas* semejan la proa de un barco. Es un altozano puntiagudo cortado en

talud por Norte y Poniente, soldado al macizo de la ciudad por Sur y Levante; el caserío madrileño llega hasta aquel rellano; á pocos pasos del tajo se detiene; parece suspenso de hallarse cara á cara con aquellos bosques, con aquella ribera, con aquellos picos. Sin duda lo que más le pasma y le suspende y le maravilla son los picos. Los ve enhiestos, agudos, graves, sobre un cielo limpio y sereno; ó los ve como esbozo, revueltos entre nubes y neblina. Unos días se acercan mucho á la corte, se ven casi á mano; de tan cerca como están se cuentan las rugosidades ásperas de sus vertientes y los peñascales de sus laderas; parece que durante la noche avanzaron misteriosos para husmear la villa, y sorprendidos por la aurora hicieron alto á media marcha. Don Trifilo, cuando al levantarse los ve así, alborota la casa, pone en conmoción á toda la familia: el que aún duerme, despierta; el que despierto yace en el lecho, se levanta; todos han de ver aquello; don Trifilo grita, da recias palmadas que alarman.

—Mirad los montes hasta donde vinieron; un poquito más y esos picos se nos meten por los balcones; ahí está el Escorial. ¿No lo veis? ¿Para qué tendréis ojos? Seguid la línea que marca mi dedo y allí en aquella hondonada ¿no veis algo que reluce? El monasterio. ¡Si se ve la cúpula, si se cuentan las torres! El día menos pensado al despertar nos hallamos con que tenemos de vecinos de enfrente á los señores frailes de San Lorenzo.

Don Trifilo tenía un hijo ciego que al oír las voces y las palmadas también se acercaba á las vidrieras y pegando la frente al cristal parecía mirar lo que su padre tanto ponderaba, los montes azules, los picos que casi se cogían con la mano. Cuando todos se habían retirado, Antolín, que así se llamaba el ciego, aún permanecía con la faz sobre el cristal, tan duramente apretada que era milagro que no le rompiera. Nadie pudo saber nunca qué clase de placer sentía Antolín incrustando el rostro en el cristal con tal ahinco, pero ello debía ser goce muy hondo, porque el ciego, como no le apartasen violentamente, allí permaneciera horas seguidas. No estaría tanto tiempo si de verdad viese los montes y los picos de la sierra; los que estas cosas veían antes se desviaban de ellas. La



Son las *Vistillas* el paraje más ventorrero de la Corte...

visión misteriosa de Antolín, avivada, tal vez, por el grato frescor de los cristales en la cara, debía ser grande, intensa.

Los días en que la cordillera aparecía lejana, don Trifilo contemplábala silencioso; porque eso sí, él la saludaba todos los días al levantarse temprano; era como una vecina á quien hay que saludar en el balcón de enfrente. Él la saludaba, casi la adoraba todas las mañanas. No lo hubiese hecho si hubiera sabido que en aquel acto de sencillez candorosa iba envuelto algo de fervor y adoración panteísta; esto ni lo sospechó nunca don Trifilo. El cual, si veía lejana la línea de los montes sin estrépito ni alboroto, se decía: hoy el señor Guadarrama ha amanecido en su sitio.

Siempre he sospechado que el Sr. Torrecilla dió con aquella sin par morada por ley de afinidad electiva. No era ya lo espacioso y lo bello de la vista, aunque es verdad que don Trifilo ponderaba mucho «lo bonito de aquel panorama,» son sus palabras; no era ya por apego á un barrio fijo de la corte; no era ya la indudable inclinación nativa á la aireación higiénica, á los saludables y confortantes vientos; con ser mucho todas estas cosas juntas, no era ninguna de ellas decisiva en la elección de tan peregrina, tan ventolera y tan alta morada; lo que á don Trifilo le atrajo con fuerza irresistible á la valiente y oreada meseta de las Vistillas fué la torva soledad, el apartamiento huraño, la displicencia, el desdén de las cosas humanas que aquel adusto paraje guarda. Al ofrecer su casa á algún amigo, él decía lacónicamente: «Vistillas, uno;» el amigo casi siempre se quedaba perplejo; don Trifilo gozábale un momento en aquella vaga perplejidad, y después, para sacarle de ella, añadía muy risueño: «Sí, señor, Vistillas, uno; yo vivo en la frontera.» Esta breve explicación del lugar de su domicilio aún dejaba más suspenso al que la oía. Y, sin embargo, el de las Vistillas estaba en lo cierto: los cimientos de su casa son raya que divide lo ciudadano y lo campesino; mirando desde allí cara á Poniente, no es fácil barruntar (á no saberlo) una gran ciudad á la espalda; mirando cara á Levante, se ve masa de caserío, rompimientos de calles, ondulación de tejados, torres puntiagu-

das, cúpulas y cimborrios, y nadie adivina tan cercana la soledad, la esquivez del campo. Aquello es la linde que separa la humanidad de la naturaleza. Por eso paró allí don Trifilo de la Torrecilla, varón que entre muchas y culminantes virtudes tuvo siempre la incorregible falta de ser terco, y de su terquedad incurable provenía el aferramiento á tal paraje y á tal casa, contrariando con obstinación y pertinacia roqueñas los deseos de su esposa y de sus hijos. Jamás ni aquélla ni éstos se acomodaron con las ventoleras que allí dominaban á todas horas, jamás transigieron con aquel apartamiento de las concurridas y transitadas vías madrileñas.

Esta oposición del matrimonio Torrecilla surgía á la superficie á cada instante, con el más fútil pretexto; bastaba un duro portazo, el golpe seco de una puerta á impulsos del aquilón serrano, para conmover la paz de la familia: «Esto es un barco,» decía con agria voz doña Teresita, la esposa de don Trifilo. Debe advertirse que para Teresita todo golpe de viento le evocaba ideas náuticas; para Teresita los vientos son cosa esencialmente marina; para ella, mujer terrera, no era tolerable ni una suave brisa. Tal vez en esta apreciación de las malas condiciones atmosféricas de las Vistillas tuviera parte, ¡quién lo diría!, su peinado. Y al decir su peinado no somos verídicos; no era suyo aquel peinado en dos bandas iguales que caían con graciosas y menuditas ondulaciones sobre la frente; no era suyo aquel cabello dorado que se recogía sobre la nuca en pequeño y atildado moño. Declaremos lo cierto: hace bastantes años que doña Teresita luce sobre su testa una peluca no bien disimulada, ni bien asentada sobre el cráneo. Pues bien; los vientos serranos eran funestos, eran dañinos para aquel peinado. Doña Teresita es muy baja, es flaca, es menuda; es, en fin, lo que se llama una mujer cenceña. Con esto se comprende que siendo de edad avanzada, cumplidos ya los sesenta, siguiera siendo conocida por Teresita lo mismo que en sus años abrileros; era imposible llamar de otro modo á persona de tan menudo cuerpo y de tan pequeño rostro. La faz de doña Teresita debió de ser siempre diminuta; pero ahora, en el tiempo á que nosotros, en

nuestra historia, nos referimos, es como faz de una niña de diez años. Y no está sólo en el tamaño la semejanza: la tersa, la fresca piel, el rosado color y la viveza de sus ojuelos verdosos desmienten los años de aquella señora. ¡Lástima grande que la peluca rubia, mal ajustada, desbarate esta ilusión de edad florida!

Con la menguada estatura de Teresita contrasta la estatura de su marido; es don Trifilo seco y alto, largo y huesudo; es uno de esos caballeros que parecen forjados en el troquel quijotesco. No se crea por esto que el de la Torrecilla se asemejase al buen Quijano; ni aun siendo su rostro, como era toda su persona, quijotesco, se parecía este hombre al hidalgo de la Mancha. Extraño fenómeno: todas las líneas del cuerpo de don Trifilo eran las líneas de don Quijote, y, sin embargo, ambos caballeros se desemejan. El cuerpo escueto y anguloso, la estatura aventajada, la cabeza reciamente erguida sobre los hombros, nariz de caballete, frente alta, bigote cano, perilla también cana..., tengo por seguro que la sombra que este señor proyectara sobre el suelo sería la sombra misma del ingenioso hidalgo redivivo; y de igual modo respondo que si en dos cédulas se mencionasen las señas personales de una y otra persona, parecerían dos cédulas de una persona misma. Pero es la verdad que todo el parecido paraba en esto: en la cédula, en la sombra.

Tal vez consistirá desemejanza tan peregrina en la diversidad de las almas: don Trifilo, lejos de poseerla inquieta y aventurera, túvola siempre pacífica y sosegada. Para ser, cual nos hemos propuesto, fieles narradores, debemos mencionar aquí un nimio detalle que tal vez explique y aclare la desemejanza entre el buen Quijano y el buen Torrecilla; porque á veces las cosas más pequeñas engendran las más grandes. Don Trifilo usaba lentes. Los lentes suelen alterar de modo esencial el gesto, el aire, el carácter de un rostro. Además, los lentes llevábalos don Trifilo prendidos en un cordón negro, y este cordón negro, surcándole la sien, iba en línea recta á montarse por encima del pabellón de la oreja y desde la oreja descendía con suaves ondulaciones sobre el

pecho. Parecerá pequeñez, nonada, y, sin embargo, es lo cierto que aquel sutil y finísimo cordoncillo imprimía recio carácter en el rostro, en la persona de nuestro caballero. De tal manera los lentes, y el cordoncillo á que están amarrados, caracterizan la faz de don Trifilo, que ésta variaría sólo con suprimir el sutil aditamento del cordón de los quevedos.

Y conocidos los padres, no pasemos adelante sin conocer á los hijos. Ya hemos mentado á uno: Antolín, el ciego, que es un garrido mozallón de veinte años; su estatura corre parejas con la de su padre, pero es más recio, de complexión más cuadrada. Tiene Antolín el rostro intensamente pálido; los ojos son dos piedras de ópalo incrustadas en las cuencas y se revuelven en ellas como si quisieran rasgar la densidad lechosa que intercepta la luz y mata la visión. Algunas veces aquellos dos fragmentos opalinos permanecen inmóviles; sin duda sienten el cansancio de una lucha estéril, la tristeza terrible de las lóbregas y tenebrosas horas. Antolín había visto en los dos primeros lustros de su vida; la ceguera vino después, lentamente, pausadamente, en un largo período de seis años; fué un mal terrible y angustioso que se recreaba en la crueldad de lo lento, que le iba borrando el mundo poco á poco; era una luz que se apagaba sin acabar de apagarse nunca. Días hubo en que la luz se dió ya por apagada y de repente volvió á reanimarse, volvió Antolín á entrever el mundo, es verdad que esfumado, envuelto en turbio esbozo; á él parecía ver las cosas todas envueltas en nubes de polvo negro y que la tierra atravesaba una atmósfera de humo. Pero aun esta visión humosa y triste duraba cortos intervalos; horas, días apenas. Después volvían las sombras, la lóbreguez, en la que yace ya para siempre sumido. Las tristezas de aquel período de su vida las relata Antolín con esa serenidad fría tan frecuente en los ciegos. Sin duda las exaltaciones, los arrebatos y aun las mismas inquietudes entran en nuestras almas con la luz; sin duda las tinieblas son el sedante mayor de la naturaleza humana. En lo que Antolín ponía mayor tristeza, en donde su voz al hablar lloraba, era en el lejano recuerdo de los días en que él había visto; sobre todo aquellos días en que vió las

cosas del universo á la verdadera luz, á la del sol, roja, intensa, caliente, sin nubes de humo carbonero, sin tolvaneras de polvo obscuro que lo celasen. De aquellos tiempos le habían quedado impresas visiones perennes, bellas, que ahora se le aparecían tentadoras. Antolín recordaba puntualmente las tardes en que reunido con buen tropel de rapacería bajaban rodando los taludes de las Vistillas y atravesando la ronda salían derechamente al campo, más allá del río. Estas escapatorias infantiles acudían á su memoria como cosas que le hubieran acontecido en otro mundo; los recuerdos de aquella edad en que él vió las cosas y la luz, y el sol, y el cielo, tenían para él apariencia de cosa tan remota, que siempre los refería á otra existencia. Pensando en esto, algunas veces, pocas, Antolín lloraba.

A más de este varón infortunado tenían los Torrecillas dos hembras: Agueda, que es mayor que el ciego, y Guillermina, último vástago de los Torrecillas. Nunca será posible hallar en el tronco de una familia ramas tan diferentes como Guillermina y Agueda; hermanazgo más desperejado nadie lo ha visto. Agueda sacó de don Trifilo la poderosa estatura juntamente con lo huesudo y lo seco y lo desgarbado; así era una mujer alta, flaca y carilarga: al andar hacía á largos pasos, con tal zancada que era difícil seguirla mucho tiempo, cuando por su afición volandera, recorría la capital de punta á punta. Porque ha de saberse que Agueda sólo gozaba, y aun puede decirse que sólo vivía para las grandes marchas; sin duda era necesidad impuesta á su espíritu por su cuerpo: aquellas piernas eran zancos enemigos declarados de todo reposo; y aun los pies en que los zancos remataban parecían hechos para servicio de una vida correntona y andariega; así eran grandes, anchos y cuadrados. Agueda los calzaba con zapatitos tales que aun le ofrecían más amplia base y le daban más firmeza, más aplomo en sus pasos. La andadura de esta mujer era á la vez rápida y firme; corría con ligerezas de gamo perseguido y sentaba la planta con seguridad de elefante. De todo lo cual salió el vivir andariego y atrafagado de la hija mayor de los Torrecillas.

Con esto baste ahora; más adelante sabremos del tráfigo de esta vida en perpetuo ejercicio, en actividad volandera. Sólo diremos que sus padres, desde muy joven, casi desde niña, hubieron de consentir en que navegase sola por el piélago de la corte, en cual determinación tuvo parte, á más de lo difícil y fatigoso que era seguirla en sus marchas, lo improbable de todo peligro: con aquel desgarrado cuerpo zanquilargo, con aquel rostro, en el que se prescindió de toda curva para formarle en largas rectas y agudos ángulos, no habían de temerse azares ni peligros. Agueda, con su rostro feo, hizo la más preciosa conquista: la libertad, la santa independencia. Sus piernas de zancuda y su rostro, la hicieron libre en este mundo. El alma de aquella mujer debía eterna gratitud al cuerpo en que se había metido para peregrinar por la tierra; no le estorbó ni un movimiento, ni un revuelo. Al contrario, se los facilitaba todos.

A las secas líneas de Agueda opongamos las curvas blandas y graciosas de Guillermina; al espíritu volandero de una, la quietud de otra, y á la vida trotona la vida sedante. Si la mayor de las Torrecillas había nacido para trotar calles, la menor había venido al mundo para pasarse la vida en la banqueta de un piano. Toda la movilidad y el ejercicio de su ser parecía haberse limitado á las manos; éstas sí que se movían raudas, ligeras y saltarinas sobre las teclas. Yo no quiero decir que Guillermina se pasaba los días y las noches tecleteando; yo diré, para ser fidelísimo en el relato, que esta criatura se levantaba de la banqueta, abandonando el instrumento, para pizcar un poco de comida y para despachar un sueño de tres ó cuatro horas. El resto de la existencia se lo consumían escalas, ejercicios y arpegios. A los quince años era ya prodigiosa la agilidad que desplegaba sobre el ingrato instrumento; todos cuantos la oían quedaban pasmados. Y además todos coincidían en el vaticinio de un porvenir glorioso para la niña prodigio.

Los padres de Guillermina estimaban de distinto modo la profecía de los fáciles triunfos, de la deslumbradora carrera que aguardaba á su hija: doña Teresita, oyendo á los profetas, se esponjaba,

su cuerpo pequeño parecía aumentar ligeramente de proporciones; don Trifilo, por el contrario, se estremecía, y al estremecerse, algo se desmedraba su estatura. Pero, caso extraño, este diverso modo de mirar hacia lo porvenir de un ser tan querido, no llegó á perturbar las relaciones cordiales del matrimonio, como las alteraron más de una vez los vientos de la sierra. Este singular fenómeno es muy frecuente en la vida. Por eso cosa de tanta futilidad como una ventolina, era en casa de los Torrecillas tema de eterna discordia; del porvenir de la pianista jamás hablaron.

Sólo la pianista pensaba en ello; eran los pensamientos que con alas ligeras de ilusión y de ensueño la impulsaban á tocar, á tocar siempre. Con el fácil acomodamiento que produce la costumbre, Guillermina ni sentía ya la pesantez de las horas que transcurrían en el agrio y monótono estudio; la idea del trabajoso ejercicio llegaba á borrarse; los dedos marchaban solos, sin que la voluntad les diese impulso; era ya un movimiento mecánico, algo que rodaba por una pendiente entre tanto que la imaginación de la Torrecilla rodaba también por la suave pendiente de la juvenil fantasía. Entonces, aquel raudo deslizamiento de las manos sobre el teclado, aquellas limpias, nítidas y sonoras escalas adquirían brillanteces de tonalidad caliente; parecían ráfagas sonoras que en un ir y venir incesante, loco, restallaban crepitantes, violentas. Eran restallidos que desde las notas cristalinas y agudas hasta las broncas y graves rasgaban el espacio como el silbido de la piedra lanzada al aire por el hondero; y á través de las desgarraduras parecía ver Guillermina un porvenir luminoso, algo que produciéndole estremecimientos llevaba hasta los pulpejos fuerza nerviosa que transmitida á las teclas, arrancaba notas de tal vigor y sonoridad tanta, que ella misma las oía vibrar trémula, convulsa, sintiendo su frente ardorosa, el pecho palpitante y los dedos impulsados en carreras acaloradas.

Se abrió con suavidad la puerta del gabinete. Entró Antolín, y muy pasito, sin ruido, con lentitud y recelo se acomodó en un asiento junto al piano. Las secas, las rotundas vibraciones le atrajeron. No desplegó los labios. Transcurrió el tiempo. Guillermina,

que le vió aparecer callado y misterioso como una sombra, no dijo nada; lo que hizo fué mirarle atentamente, fijamente; Antolín, sin saber que le miraban, debía sentir la cariciosa impresión del mirar halagador de su hermana, porque su rostro pálido, sereno, se dilató en una sonrisa tierna, apenas esbozada, y que con lentitud triste se fué disipando hasta quedar otra vez su faz en inmóvil serenidad fría. Así entraba muchas veces en cuidadoso silencio para no interrumpir el trabajo de la artista, y sentándose á la vera del piano, reclinando el cuerpo sobre el costado de la caja armónica, apoyada la cabeza en ella de modo que llegasen al oído hasta las percusiones de los macillos sobre las cuerdas, divertíase en oírlas vibrar, unas atipladas, de sonoridad cristalina, otras varoniles, rotundas, otras graves, y otras, en fin, profundas, bronceas, como voces salidas de un subterráneo. Antolín las iba clasificando, las refería á diferentes estados del alma, y con esto transcurrían horas, largas horas de su inútil existencia. Después de mucho tiempo de escuchar el borboteo de notas, sentíase un poco adormecido, como si su espíritu hubiese ido y venido al vaivén rápido, incesante, de aquellas veloces escalas, como si él hubiese subido y bajado cien veces, mil veces, por una escala invisible que le elevaba á regiones luminosas, resplandecientes, y luego de golpe le sumía en profundidades lóbregas para ascender otra vez y otra vez hundirse en torbellino que le mareaba y le enloquecía. Era algunas veces tan intensa, tan real, esta impresión de fatiga, que su hermana le veía en el rostro marcado el cansancio de tanto ajeteo, de tanto subir y bajar la misteriosa escala; y oíale un suave y acompasado jadeo.

—Antolín, ¿qué tienes? ¿No te cansas?

—Déjame y sigue. ¿Adónde quieres que vaya? Aquí oigo; hoy las escalitas salen muy iguales; me parecen escalas de veras: cada nota un peldaño, y hoy están muy juntos y muy iguales todos los peldaños. Yo subo y bajo por ellos. ¿Te ríes, Guillermina? No te rías. A mí no me importa que de verdad exista la escalera; á mí no me importan las verdades de la vida como á vosotros. Nuestra verdad es otra. Yo subo y bajo. Sigue, Guillermina.

En este momento se rompe de golpe la escala por la que Antolín sube y baja; al romperse hallábase él en las alturas, y en las alturas se queda, porque oye en ellas que se cierne una melodía de ternura infinita, de cadencia larga, lenta, suave. Guillermina más que tocarla parece acariciarla rozando con mimo las teclas; Antolín la escucha, en la lobreguez de su ceguera, como una música lejana, que baja á sus oídos para llenarle el espíritu de algo que sin ser luz á él le parece luminoso, resplandeciente; algo que le ilumina y le hace amable la vida. Pegando el rostro á la costera lustrosa y barnizada del instrumento, oye hasta el zumbido de las cuerdas. Su hermana sabe que aquella música penetra con deleite intenso en el alma del ciego, que la envuelve en clarores inefables, que es dulzura bienhechora y halago mimoso.

Están los dos hermanos frente á frente; Antolín al lado del piano, en una silla baja, y Guillermina en la banqueta. Antolín comienza á pagarle á su hermana con cariciosa cháchara los halagos de su melodía. También él tiene su melopea mimadora del alma de Guillermina.

—Esta mañana subí al taller de Esteban. Ahora pinta un cuadro muy grande y muy hermoso; te digo yo que es muy hermoso; él, mientras lo pinta, me lo va contando, y yo lo voy viendo, lo veo, Guillermina, yo veo los colores que él me va diciendo. Aquello que él me cuenta me suena como esto que tú tocas. Esteban me quiere mucho; me dijo que también él me quiere mucho porque sabe que tú me quieres. Si te casas con Esteban, yo me voy con vosotros.

—Antolín, á callar ahora mismo.

—Que no callo, Guillermina. Yo me voy con vosotros. ¿Qué sería de mí sin tus escalas y sin sus colores?

—¿Pero quién te dijo?.. ¿Qué disparates estás diciendo?

—El pobre Esteban tiene un gran disgusto.

—¿Qué disgusto?

—¿No sabes? ¿No te ha dicho?.. Verás. Al pobre Esteban ni una medalla, ni una mención siquiera. Él esperaba una segunda. Pero nada, nada. Es un desgraciado, otro desgraciado. Yo com-

prendí que al decírmelo casi lloraba. Ya ves tú; un pintor como él, postergarle de esa manera... ¡Pobre Esteban! Dice que es malquerencia, que es envidia; es que no le comprenden; dice que su arte es demasiado sincero. Sí, muy sincero; figúrate tú que hoy hizo una gama de rojos desde el más intenso al más mortecino representando la puesta del sol desde las Vistillas. No tienes idea; es lumbre viva. Pero no lo comprenden. No desmaya por eso: no, él pinta y pinta seguro de que ha de llegar su día, y entonces asegura que todos han de comprenderle. Yo sí; yo le comprendo; yo veo claro en su pintura. ¡Qué triste debe ser no verse comprendido! A él le consuela pensar que así les sucedió á los más grandes artistas; al principio no los comprendieron, los desdeñaron, hicieron escarnio de sus obras y después fué ella. A Esteban le pasará lo mismo; es imposible que no le pase lo mismo.

Mientras Antolín habla, Guillermina sigue haciendo que el piano balbucee la blanda melodía; las palabras del ciego se desvanecen en el fondo armónico. La charla y la melopea son dos caricias fraternales. Pero de pronto la puerta del gabinete se abre con portazo duro, recio. Aparece doña Teresita, pequeña, diminuta, y á la vez grave, terrible en su pequeñez misma. Al sentir su presencia los dos hermanos se estremecen; hay un silencio largo, lleno de angustia. Se oye la respiración de la Torrecilla anhelante, inquieta. Antolín se ha puesto en pie; doña Teresita le coge por una manga con dura manotada y empujándole fuera del gabinete le conduce al comedor, que es la habitación contigua.

—Te dije que mientras toca no se entra. Y á usted, señorita, le faltan hora y tres cuartos de escalas. Hora y tres cuartos; ni un minuto menos.

Dicho esto, cerró la puerta con golpetazo seco que indicaba la energía rotunda de sus órdenes. Después de las palabras maternales y después del golpe enérgico volvió á resonar el traqueo de las escalas en el piano, el raudo atropellamiento de las notas que en alegre cabalgada se alcanzan, se tropiezan, se pisan unas á otras, que van y vienen revolviéndose siempre entre dos puntos



Están los dos hermanos frente á frente...

fijos, pasando y repasando como fierecilla enjaulada sin detenerse nunca, y cada vez más veloces, más acaloradas y más sonoras, adquiriendo tonalidad y brío con la marcha de movimiento rítmico, acompasado.

El ciego, así que doña Teresita le soltó la manga y se sintió libre, fué á tientas pasillo adelante, cogió el sombrero y el palo que á falta de mejor lazarillo usaba, y con mucho sigilo se lanzó á la calle, ó para ser exactos, se lanzó al ancho terraplén de las Vistillas. Para Antolín aquel rellano era una prolongación del hogar paterno, parte esencial del propio domicilio; recorríalo sin miedo ni vacilaciones; llegaba hasta los rebordes del talud, parecía que iba á rodar por ellos, pero deteníase á punto, siempre seguro del terreno y confiado en sus pasos. Los moradores de aquel paraje ya le conocían y estaban avezados al sentido topográfico del ciego; veíanle sin cuidado llegar resueltamente hasta el tajo, hacer alto en él y allí buscar asiento. Era á la tarde, entre dos luces, teniendo de frente la línea azul de los montes y á sus pies la espesa arboleda de la vega y de la casa de campo. Antolín extraía de los profundos senos de un chaquetón peludo papelillo y tabaco que suelto y á granel llevaba en los bolsillos, hacía con curiosidad y pausa un cigarro, encendíalo, chupaba. El sol, ante él, se hundía rojo inflamando el horizonte; las nubes eran bandas de fuego; la sierra un muro dentellado y que recortaba sobre el cielo su cresta en ondulaciones amplias y desiguales como si la lumbrada del sol la derritiese. Una ventolina suave venía á dar de cara en el rostro de Antolín. Y Antolín respiraba el bálsamo serrano saturado de aromas de cantueso, de tomillo, de mejorana; llenábasele el pechazo de aquellos montaraces aromas, respirándolos con poderosos alientos. Sentíase allí en una soledad inmensa; el talud de aquella meseta era un tajo dado al mundo; frente á frente la inmensidad, la nada; el soplo aromado que de la sierra venía era el aliento de lo infinito; su ceguera no era ceguera suya, era cosa del mundo que había quedado á obscuras, apagado, pero todavía palpitante, con calor de rescoldo y aroma de incienso campesino.